

«La lozana andaluza»
o la libertad
del lenguaje

Escasean, por desgracia, las noticias concretas sobre la vida y menesteres del clérigo Francisco Delicado, autor de *La lozana andaluza* (1). Al parecer, era natural de Peña de Martos y pertenecía a una familia de judíos conversos. Salió de España hacia 1492 —acaso huyendo de posibles denuncias relacionadas con su origen judaico—, llegó a Roma durante el pontificado del Papa Alejandro VI y residió en dicha ciudad hasta 1527; apareció más tarde en Venecia y allí publicó anónimamente su «Retrato de la lozana andaluza». Durante su estancia veneciana se dedicó también a revisar y editar textos castellanos: «Amadís de Gaula», «Primaleón», «La Celestina»... Se cree que murió en Venecia poco después de 1534.

La lozana andaluza es el resultado literario de las múltiples observaciones y experiencias llevadas a cabo por Francisco Delicado en su época romana. Se sabe —o se supone— muy fundadamente que era hombre rijoso y libertino, perito en rameras y burdeles, y que conoció en su propia carne los estragos de la sífilis, enfermedad introducida en Italia por las tropas francesas; Delicado logró curar del morbo gálico gracias al empleo de ciertas técnicas medicinales que él mismo divulgó en un pintoresco tratado sobre *El modo de adoperare el legno de India*, publicado en Venecia en 1529.

Al margen de su indudable valor histórico y testimonial, *La lozana andaluza* constituye uno de los ejemplos más preclaros del empleo sin restricciones de un lenguaje absolutamente funcional. Aunque Delicado afirma que «La lozana...» está compuesta «en el común hablar de la polida Andalucía», lo cierto es que, a lo largo de sus sesenta y tantos capítulos (o «mamotreos»), se entremezclan con la mayor naturalidad el castellano culto y el vulgar, el catalán, el italiano y —como afirma Bruno Damiani— la «jerigonza italohispana usada en

Roma por los españoles de baja estofa que llevaban mucho tiempo de residir allí, y que sin haber aprendido verdaderamente la lengua ajena, enturbiaban con todo género de italianismos la propia». Es precisamente esa «turbiedad» lingüística la que confiere a Francisco Delicado el carácter de escritor «libre». Delicado no se detiene con dudas ante un exabrupto, ni lima las frases desgarradas para adaptarlas a los exiguos moldes de un lenguaje académico, ni titubea a la hora de transcribir un neologismo de cuño popular. En la apología final de la obra, Delicado se excusa de haber escrito «vanidades»; pero al mismo tiempo justifica su léxico señalando que «conformaba mi hablar al sonido de mis orejas». Francisco Delicado no limpia, pule, ni da esplendor a un idioma; simplemente, lo mantiene vivo, fresco, útil, alejado de todas esas limpiezas que transforman el aseo en amputación.

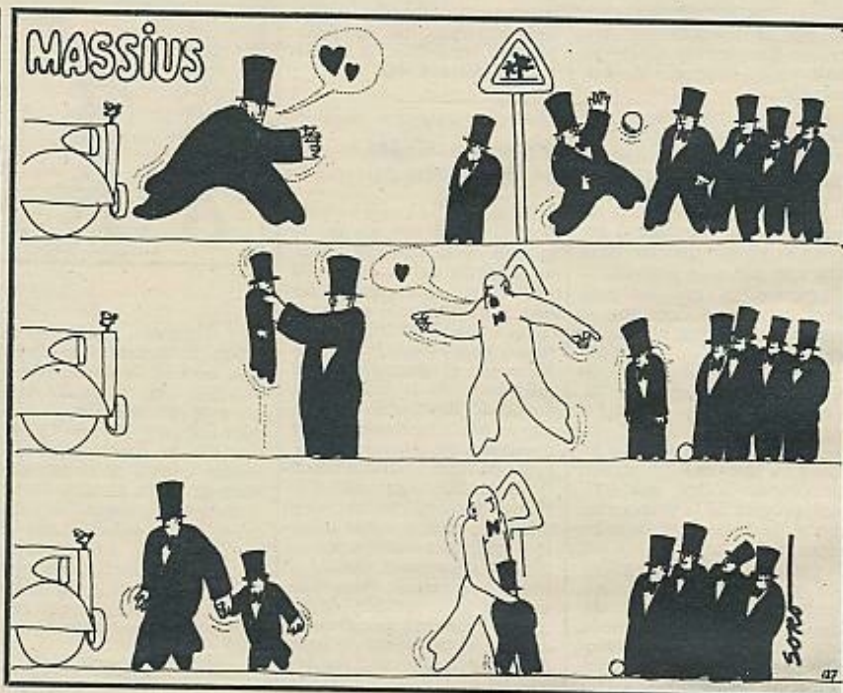
La editorial Castalia ha acertado plenamente al incluir en esta nueva edición de *La lozana andaluza* —recomendada a Bruno Damiani— un glosario de términos y numerosas notas a pie de página. Porque leyendo esta edición de la obra de Francisco Delicado, uno tiene la certeza de que algunas veces los clásicos no están muertos. ■ S. R. S.

Tres estudios
sobre el niño

La Edad Contemporánea es la época del niño, y no nos percatamos bastante de ello, porque creemos que data de muy antiguo.

Los grandes educadores de la Edad Moderna, el francés Montaigne o el inglés John Locke, y todos los que como ellos se preocuparon de la pedagogía infantil desde el siglo XVI hasta el XIX, no cayeron en la cuenta que el niño no es un hombre en pequeño, sino que es algo completamente distinto. Sus procesos lógicos y morales son diferentes de los nuestros. Y toda educación debe tenerlo en cuenta.

Rousseau, en 1762, revolucionó las ideas al publicar su «Emile, ou de l'éducation». Por primera vez en la Histo-



ria —aunque esto parezca hoy mentira— se afirmaba: «la Naturaleza quiere que los niños sean niños, antes de ser hombres; y si queremos pervertir este orden, producirémos frutos precoces, que no tendrán ni madurez ni sabor».

Esta revolución fue tan importante, desde el punto de vista psicológico, como la revolución copernicana lo fue en astrofísica, la kantiana en filosofía o la marxista en sociología. Aunque —es penoso confesarlo— los prejuicios religiosos, sobre todo, impidieron realizarla en la práctica hasta hace bien pocos años.

Hasta entonces se vivían situaciones que hoy nos parecen incomprensibles, pero que en aquellas épocas parecían coherentes. Montaigne afirmaba con seriedad risible que los niños pequeños apreciaban más los diálogos filosóficos que los cuentos de Boccaccio en su «Decamerón». Y Locke decía que debíamos dialogar con los niños por medio de «a gentle persuasion in reasoning», olvidando que el niño no es ante todo razón, que eso lo es el adulto solamente.

Eran esos siglos de la Edad Moderna, a pesar de sus avances, la época de los monstruosos niños prodigio, cuyos educadores olvidaban la sensata afirmación de Rousseau.

En 1550, por ejemplo, nació el protestante francés Théodore Agrippa O'Aubigné que «a los seis años leía griego, latín y hebreo, y traducía a Platón del texto original al francés, aun sin cumplir ocho años» (doctor J. H. van der Berg, *Teoría de las Modificaciones*, editorial Carlos Lohlé, Buenos Aires). Y a los diez años, la Santa Inquisición le amenazaba con la hoguera, por sus ideas religiosas protestantes contra la Misa, actitud represiva con un niño que parecía lo más natural del mundo en aquella época, al considerarlos como si fuesen ya hombres claramente responsables. Estos ejemplos eran frecuentes y resultaban producto de esa educación no-infantil que entonces se daba, y que agostaba prematuramente el espíritu maduro y crítico.

Por eso es necesario que los padres y educadores conozcan bien la actual psicología, no la puramente académica, sino la que deriva de una orientación profunda —fundamentalmente freudiana—, y de un conocimiento científico y vital de la infancia y su evolución.

Para ello servirán los tres libros que edita ahora en castellano Herder. Dos del médico, psicoanalista y pedagogo alemán Hans Zullinger (Evo-

lución psicológica del niño y la *Introducción a la psicología del niño*), y el otro del médico y morfo-psicólogo francés Louis Corman (titulado *Examen psicológico del niño*).

Zullinger, además de sus méritos como pedagogo y psicoterapeuta infantil, es un ameno escritor que sabe dar viveza y sentido práctico a sus libros, llenos de sus experiencias de la vida. En su *Introducción a la psicología del niño* —publicada en alemán en el año 1967— intenta la difícil tarea de que un adulto comprenda al niño olvidando el usual y socorrido expediente de juzgarle como el piensa espontáneamente que es un niño. La fuente constante de errores, que son consecuencia de esta equivocada actitud paterna, se puede apreciar, sobre todo, en la postura de padres y educadores respecto al castigo. Cuando los niños nos irritan por sus faltas de conducta, acudimos al castigo como solución que creemos única y expeditiva. Pero Zullinger, con acopio de razones de psicología profunda y de experiencia, nos enseña que el castigo es como los antiguos emplastos «que ocultan el mal que hay debajo de él», pero «la infección continúa y el pus aparece por otro lado». Los castigos, como «los emplastos,

(1) Francisco Delicado, *La lozana andaluza*. Edición, introducción y notas de Bruno Damiani. Ed. Castalia, Madrid.